

**Philipp LENHARD: *Friedrich Pollock. Die graue Eminenz der Frankfurter Schule*, Berlín: Jüdischer Verlag im Suhrkamp Verlag, 2019, 382 págs.**

Cuando, a finales de los años sesenta, la Teoría Crítica estaba en boca de todos, rara vez se mencionaba el nombre de Friedrich Pollock. Los estudiantes del seminario de filosofía de Adorno le veían en alguna ocasión, cuando acompañaba a Max Horkheimer, su amigo de toda una vida, en el viaje desde Montagnola a Frankfurt para ver si todo seguía en orden en el que había sido su antiguo lugar de trabajo.

Pollock no participaba nunca en las vivaces discusiones. Cuando entre Horkheimer y Adorno se producía una disputa, en su rostro se dibujaba una sonrisa impenetrable que puede apreciarse en algunas fotos. Esta capacidad de disimular con encanto ocultó durante mucho tiempo la relevancia central que Friedrich Pollock tuvo en la constitución de la Teoría Crítica.

Cincuenta años después de su muerte, Philipp Lenhard saca a la luz al principal organizador del Instituto de Investigación Social como la “gris eminencia de la Escuela de Frankfurt”. En paralelo a esta biografía digna de leer Lenhard ha comenzado con la cuidadosa labor de edición de las obras completas de Pollock en la editorial de Friburgo ça ira.

Hay muchas cosas que descubrir en la vida de Pollock. Entre tanto se ha publicado buena parte de su correspondencia, que ofrece una idea del modo de pensar y sentir de esta última generación de escritores de cartas. Horkheimer y Pollock establecieron desde su juventud verdaderos pactos secretos en los que determinaron sus objetivos de vida en circunstancias cambiantes.

En esta relación de confianza, que denominaban *intérieur*, no pudo entrar siquiera Maidon Horkheimer, ni mucho menos las esposas de Pollock. Pollock y Horkheimer habían comenzado ya pronto a ocultar sus planes de todo ámbito público. Sus primeros intentos de construirse una *île heureuse* en un ménage-à-trois fracasaron de forma dramática. Sin embargo, lograron escapar a la voluntad de sus padres –ambos provenientes de la alta burguesía– de que entraran a formar parte de sus exitosas empresas.

El rol de la tradición judía en sus respectivas familias divergía: en los Horkheimer de forma reservada y conservadora, en los Pollock el judaísmo no tenía presencia alguna. La vivencia decisiva que ambos hijos compartieron en el *extérieur* fue la República de los Consejos de Múnich de 1919, que ambos vivieron como observadores participantes. Conocieron el terror de la contrarrevolución de primera

mano e intentaron ayudar como pudieron. En la Teoría Crítica la solidaridad se convertiría en un concepto clave.

La experiencia de la revolución malograda se convirtió en motor de los esfuerzos teóricos y prácticos de los futuros teóricos críticos. La falta de orientación y el escaso bagaje teórico parecían ser los principales responsables de la derrota.

Poco después de que ambos se trasladaran a Frankfurt, Pollock logró establecer los contactos adecuados. A través de Felix Weil conocieron a Karl Korsch y Georg Lukács, que estaban buscando ámbitos de discusión más allá de fracciones y partidos. Pero el joven Felix Weil quedó sorprendido ante todo por la capacidad organizadora de Pollock y, tras abandonar la casa de sus padres, encontró en la vivienda que Pollock y Horkheimer compartían en Krönberg un hogar político-intelectual.

Aquí surgió la idea de un Instituto independiente, aunque vinculado a la Universidad, que investigara las posibilidades de transformación revolucionaria en el presente. Pollock tuvo que haber despertado también la confianza del padre de Felix Weil, el comerciante de trigo de la alta burguesía Hermann Weil, que buscaba para su hijo una actividad intelectual sensata. Seguramente el generoso mecenas Hermann Weil no imaginaba qué actividades tenían lugar en el Instituto. Como Horkheimer y Pollock aún no se habían habilitado, no podían asumir la dirección del Instituto. Buscaron a gente con la que sus propósitos pudieran hacerse realidad. Carl Grünberg, austromarxista de fama internacional, pasaría a ser en director del Instituto. Su archivo constituiría la base de lo que iba a ser una biblioteca única.

Grünberg trajo consigo a críticos de la economía bien formados como Henryk Grossmann. Sus contactos con los mencheviques y los bolcheviques hicieron posible un proyecto osado: hacer una copia del legado de Marx para Moscú y comenzar la edición de su obra completa. La publicación de los escritos juveniles de Marx desató un renacer marxiano en 1927. Horkheimer encontró un enfoque que le permitiría hacer útil el concepto crítico de ideología para la posterior teoría crítica.

La colaboración con Moscú brindó a Pollock una invitación a la celebración del décimo aniversario de la Revolución de octubre. Ahora, apoyado por su socio David Riazánov, podía estudiar la economía planificada soviética. Su investigación, publicada en 1929, es un trabajo crítico pionero que, sin embargo, aún no ha captado los horrores de la colectivización y el terror de la industrialización forzosa. Por entonces en Frankfurt aún se seguían los desarrollos en la Unión Soviética con una simpatía mezclada con escepticismo.

En el Instituto trabajaban teóricos de todas las fracciones de la izquierda, y estudiantes de todo el mundo se encaminaron hacia Frankfurt. Pollock logró tejer una red amplia de contactos. Eso levantó las sospechas de la Jefatura Superior de Policía. Pollock se mantuvo reservado con todos los colaboradores. Solo Horkheimer contaba con toda su confianza.

Cuando en 1930 Horkheimer asumió la dirección del Instituto, reivindicó el principio del despotismo ilustrado. Los intereses personales de Weil se habían desplazado hacia Berlín; en Frankfurt Pollock y Horkheimer podían proceder a sus anchas. Con gran energía ambos emprendieron la creación de la *Zeitschrift für Sozialforschung*, un proyecto enormemente exigente, que se convertiría en una red internacional. Ante la amenaza de que los nacionalsocialistas tomaran el poder, hubo que transferir el patrimonio del Instituto.

En 1932 Horkheimer y Pollock comenzaron a pensar en abrir filiales en el extranjero. Gracias a la cooperación académica pudieron exiliarse a Suiza, y también establecieron contactos con París y Londres. En 1934 se abrió la posibilidad de adherir el Instituto a la Universidad de Columbia en Nueva York.

Esta sabia previsión no vino de la nada. La cuestión de la conciencia de clase había llevado a los teóricos sociales de Frankfurt a investigar empíricamente las opiniones y actitudes de los trabajadores y empleados. Los resultados de la investigación evidenciaron una marcada propensión a ideas autoritarias. No cabía esperar de ellos un gran potencial de resistencia.

Los autores se llevaron consigo este conocimiento al exilio. Sus planteamientos de teoría social aparecieron más tarde en los estudios sobre antisemitismo y en su gran investigación sobre *La personalidad autoritaria*, que el New York Times redescubrió tras la victoria electoral de Donald Trump. Pollock se había convertido en el organizador de una praxis científica crítica que le convertiría en una figura imprescindible, también en el regreso del Instituto a Europa después de 1945.

Lenhard hace visible la enorme presión que pesaba sobre Pollock para salvar el patrimonio del Instituto durante la crisis económica mundial y organizar los visados, los billetes para los barcos transatlánticos, los puestos de trabajo y las becas para los autores perseguidos en Europa o para los recién llegados a Estados Unidos. La urgencia forzó a Pollock a tomar algunas decisiones que jpy parecen inhumanas.

Lenhard retrata la crueldad de la situación, que hace que los incansables esfuerzos de Pollock resulten aún más admirables. Apenas cabe concebir cómo en estas

circunstancias pudo producirse un trabajo teórico que abriría nuevos caminos. El libro de Lenhard logra poner de manifiesto el rol activo que tuvo Pollock en la construcción de la Teoría Crítica, hasta hoy poco conocido.

La resolución de la crisis existencial del capitalismo en el New Deal llevó a preguntarse por las posibilidades de un capitalismo de Estado. La incorporación de elementos de economía planificada parecía marcar el final del capitalismo liberal basado en la competencia. En el país capitalista más avanzado el interés se centró en las transformaciones tecnológicas que, en los procesos de automatización, amenazaban con hacer a los trabajadores superfluos.

Estos desarrollos socavaron también a la clase dominante, que se descompuso en diferentes “rackets”. Estos conocimientos confluirían en *Dialéctica de la Ilustración*, que más tarde llegaría a ser muy conocida. Horkheimer y Adorno dedicaron la obra a Pollock, que les había posibilitado este trabajo en California.

Con el *war effort* muchos teóricos críticos como Marcuse y Neumann comenzaron a trabajar para los servicios públicos estadounidenses con el propósito de colaborar en la lucha contra el nacionalsocialismo. Conforme la victoria se acercaba, las ideas de los teóricos críticos en el exilio se harían más atractivas. Su actividad como asesor llevaría a Pollock incluso a la Casa Blanca.

Al mismo tiempo se acumulaban las noticias desde la Europa en disputa. Los teóricos críticos, bien informados, estuvieron entre los primeros que reconocieron en el asesinato masivo de los judíos europeos el núcleo de una transformación irreversible del mundo.

El aparente éxito de la guerra se desvaneció ante esta catástrofe histórica. Pollock tendería a retirarse. La obra central de la Teoría Crítica, la *Dialéctica de la Ilustración*, se concibió como un “mensaje en una botella”. Lenhard pone de manifiesto que Pollock prefirió una vida agradable en California al bullicio de la actividad en Nueva York. Pero las cosas se dieron de otro modo: en 1950 Horkheimer aceptó, lleno de dudas, una oferta para reabrir en Frankfurt el Instituto de Investigación Social.

Lenhard intenta reconstruir la perspectiva de Pollock a partir de los documentos biográficos y autobiográficos de su legado. Más aún que Horkheimer, que actuaba con extrema cautela en el ámbito público, Pollock ocultaba sus pensamientos y sus emociones. Incluso con su entorno más íntimo; solo se puede acceder a su relación simbiótica con Horkheimer en los materiales que ambos prepararon para el mundo posterior. Llama la atención la desconfianza hacia Alemania. En 1960

Pollock y Horkheimer aún discuten sobre un posible regreso a los Estados Unidos, aunque acaban optando por Montagnola, en el cantón de Ticino, como un lugar de residencia seguro.

No lograron continuar la *Dialéctica de la Ilustración*, que había quedado en estado fragmentario; a Pollock se le encomendó la tarea de adaptar el texto a las circunstancias de la Guerra Fría. Horkheimer tenía un miedo que rayaba en el pánico a posibles malentendidos, pero a partir de mediados de los sesenta se dejó convencer por una política de publicación controlada.

En cambio, Lenhard muestra poco olfato para el clima intelectual y político de Frankfurt, en el que a partir de mediados de los sesenta floreció un apasionado interés en la teoría crítica. El complejo entramado de relaciones entre profesores y estudiantes se reduce a fórmulas demasiado simples. Pollock aún llegó a recibir para su comentario el trabajo pionero de Martin Jay sobre la historia del Instituto, *La imaginación dialéctica*. Hubiera estado bien que Lenhard hubiera ofrecido alguna información más sobre ello.

Detlev Claussen

*Traducción del alemán: Jordi Maiso.*